

El mar

Tus olas son la bravura
que en Poniente se desbocan.
Sueños de sal encrespada
que despiertan en las rocas.

Cascadas de espuma fría,
cuando mueren en la costa,
parece nieve dormida
que en la montaña reposa

Solo turba tu silencio
el sonido de las conchas,
y el revolotear continuo
de las ruidosas gaviotas.

La existencia de tus aguas
desde siempre se remonta;
para tu vida no existen
segundos, minutos, horas.

María Rosa VICENTE

DONDE TU... BECQUER; YO, GABRIEL Y GALAN

Carta respuesta a «ARGENTUM»

I distinguido y querido amigo:

El azahar que usted ha sepultado, está todavía florido...

Desde que leí su estupendo artículo «AZAHARES SEPULTADOS», en el Núm. 164 de esta nuestra Revista «ALCANTARA», hice intención de enviarle una respetuosa y cariñosa respuesta.

Tocó en él una de mis fibras más sensibles, en lo humano, y que en mi corazón, y hasta en mi espíritu, responde al nombre de «VALLE DE LA JARA» (aunque usted, no sé si por respeto, o si por aquello que lo llama, no lo nombra jamás completo, limitándose a llamarlo simplemente «Valle»)

Y hasta pensé darle mi respuesta en la misma plaza donde usted (con toda razón, pero sin culpa alguna de mi Valle, «Nuestro Valle») me lo ofende, en su magnífica elegía. Porque me lo llama usted nada menos que «cementerio».

Y como para mí, el Valle es cuna donde nacieron no sé la de pensamientos, ideas, resoluciones, proyectos, etc., que yo bien llamo hijos que Dios me dió para almas, en definitiva para El, pues me supo a disparate; y, ya le digo, hasta ofensa para algo tan querido mío, no sé si más o menos que para usted.

Y es que, una vez más, se ha hecho verdad lo de que «todo es según el color del cristal con que se mira», y lo de que «cada cual habla de la feria según le va en ella». Por eso tiene para mí una cumplida explicación el que usted me lo llame así. Como la tendrá para

usted el que yo lo llamo: cuna, morada, almacén, oficina, recreo, oratorio y hasta sagrario. Que, a no ser porque abusaría de la caridad de la Revista, le explicaría el porqué de todo eso que yo llamo, y que para mí es, nuestro Valle.

¿No le va tampoco el título que doy a mi carta-respuesta?... ¿No le cae bien el que le diga que «donde usted canta a nuestro Valle a lo Bécquer, yo lo canto a lo Gabriel y Galán»?

Y esa es la razón, si por ella me pregunta, de por qué yo, más que a los azahares, a las vincaspervincas, a los lirios (tan enanos, pero tan simpáticos y sencillos), que se crían a la vera de su casa solariega, en la explanadita que tiene delante, y donde tantas cosas algres y agradables vivió, y de las que no debo seguir hablando, porque le van a sonar más todavía a «cementerio», canto a otras cosas del Valle...

Y por eso también, mi amigo «Argentum», más que a las jaras, que dan nombre al Valle, y que para mí son el «arbusto sagrado», (como para su primo Fernando), de aquel edén paradisiáco, que en primavera me lo convierten en un enorme palomar, de palomas todas blancas, como las que tenemos en nuestro Monasterio enclavado allí mismo, a unos metros solo de su casa solariaga; palomar que coge desde aquí, donde decimos, hasta las faldas, muy arriba ya, de la «Centinela», la «Condená», la «Jabalínera», etc...

Y más que a los naranjos, los pinos, los guindos, olivos, castaños y almendros... y más que a los jilgueros, las oropéndolas, las «rabúas», los mirlos, o más, pero que, sin embargo, no salen del Valle, no se van para abajo, a las «Menganchas», sino que han de estarse, amarse, anidar, criar y vivir, y por supuesto alegrar y armonizar como ningún otro inquilino de nuestro Valle; vivir y convivir con los «tío Matías, Albino, Perico y Luisa» de sus tiempos o con los Juan José, Berzocana, Parras, Antonio Bote, Alfonso «paleta», etc. de los míos.

Y canto más a otras cosas del Valle que no a todo eso, por más que todo eso arranca poesía y hace poeta al que no lo naciera, como a mí me lo ha hecho, y de lo que, si me dejaran los señores directores de la Revista, le daría a usted una prueba, recogiénola de cualquier «luz de redención»—¿la conoce?—de mis tiempos mozos... Y ya vé que este Valle me ha pegado una enfermedad, por lo visto exclusiva mía, que la llaman los que me conocen, de «vallitis»...

Y, sin embargo, a mí en el Valle, más que todo eso, me hablan la soledad, el silencio, recogimiento, el clima y ambiente tan propicios para pensar, resolver, decidir, proyectar, esponjarse, y rezar,

cantar, llorar, rumiar en el sosiego, etc. etc...Elementos, todos ellos, de trabajo.

¿Comprende ya la razón de mi decir que si a usted el Valle le hace Bécquer, por bonito, pero triste, a mí me hace Gabriel y Galán, por bonito, pero fecundo?

Sigo contestando a la suya. Porque, sin usted pensarlo ni darse cuenta, me ha tirado de la lengua, o quizá del corazón. Y le contesto, como siempre suelo hacerlo, con su escrito por delante.

Respecto a lo de la pobre Luisa, lavandera, cantarina, y mirando de vencer con su cantar al ruido murmurante del agua que rebosa de «la charca del nogal»; o la de más abajo, al borde del senderillo que lleva a su casa, pasando por la de los Borregos; o la otra; que está a la bajada de su casa, la que se abastece del agua de la fuente grande, la del agua de beber, la de los castaños, la de tantos recuerdos para «Argentum», y junto a la que un día—cuenta, si puede, los que hace ya, tuve con él mi primer encuentro,—¿lo recuerda?—Cuando usted bajaba a por agua para hacer el «gazpacho» para la cuadrilla que arriba, en la casa, vivía en aquellos abriles tan involuables—aunque ya le huelan a cementerio—. Allí, donde usted se me lamentaba de que no hubiera por todos aquellos contornos el aromoso «poleo», que tan rico aroma y sabor le da; porque allí tan solo hay en abundancia «ajos porros», violetas, hierba «rompepiedras», pervincas, etc... todo eso que ustedes, los poetas, saben mezclar, y hacerme con ello un «gazpacho» así de rico y sabroso para el espíritu.

Pues bien. La lavandera Luisa tiene todavía sucesoras. No muchas ya, que digamos. Pero que ya no cantan, o cantan poco, y por lo bajo. Porque ya—láméntelo conmigo—se llevan al Valle el transistor; lo cuelgan del naranjo, el castaño o el olivo... o le dejan en el suelo junto al ható, o el montón de ropa para lavar. Y así suplen, desgraciadamente, su cantar por el de la radio. ¡Qué lástima, ¿verdad?

¡Qué diferencia de cuando el tío Albino, o el tío Matías, el zoritano, o mi buen Juan José, (q. e. p. d.) se tiraban por peteneras, arando entre naranjos, olivos, mimbreras y zarzales, resonando el el Valle con su cantar macho y castúo!. Nada importa que ni la voz ni el oído les acompañasen, pero echando lo que sabían, lo alegraban y masculinizaban... Lo mismo que lo feminizaban y alegraban no menos, las lavanderas de su tiempo y los primeros míos, cuando cantaban los de «La Ermita redonda», «No llores, paloma mía», etc. etc. Pero sobre todo, cuando cantaba Juan José, o allá más

abajo, otros aradores y hortelanos; que, no es que hicieran filigranas ni le salieran bien los gorgaritos, pero que a mi me encantaba oírlos, y escucharlos, a lo lejos, desde los pinos de arriba, o los naranjos de abajo; y hasta me arrancaban lágrimas de gozo. y me levantaban el corazón, y aún el espíritu, para hacérmelo más gozoso y más agradecido a quien todo esto hacía. Pero si es que... ¡hasta cuando me soltaban aquellas palabrotas, aquellos tacos, cuando el mulo o el burrillo no tiraban, o simplemente por desahogar la lozanía de su plétora campesina, que sí, en verdad, me hacían estremecer el alma sacerdotal y cristiana cuando se las oía, pero al lado me enternecían y me ganaban,—creo que a Dios también—cuando, acto seguido del palabron, decían aquella jaculatoria que era todo un acto de contrición: ¡Perdón, Señor, que uno es un bestia! ¡Madre mía, no me lo tomes en cuenta. . . Es que este burroooo!»...

Emotivo, en verdad, lo que nos relata de la muerte del pobre tío Matías, «a la vera de la charca cristalina, como el quería»... Bien pudo haberse puesto, como por entonces se acostumbraba todavía, y muy cristianamente, una cruz, recuerdo y plegaria, allí donde murió. Pero no sabe cuánto me alegro que así no lo hicieran; porque me hubiera sido un choque enorme haber visto allí alguna señal de «cementerio».

Créame de verdad que, sólo con mis enterrados de su santa madre; los de la mía, que cada año enterraba no sé lo de sacrificios que tenía que hacer para irse allí con su hijo, el cura, a su casa solariega, la que cada año era mía en el verano, prestada por su tío D. Juan José; porque aunque a ella el campo no le decía nada, sino más bien malo, pero porque a su hijo le daba la vida, se iba con él.

¡Pero si... ¿no sabe que hay quien, mucho más enamorado que usted y que nadie, llegó un día a hacerse en el Valle, hasta su propia sepultura?... ¿Verdad que el tal llegó a amar el Valle más que el tío Matías, usted, los suyos, etc?

Y aún le diré más. Que... si el Valle es cementerio, para el tal es un cementerio querido, amado, libre de lo tétrico y macabro. Un cementerio, pero «sagrado», como usted le añade. Pues bien. Tan libre está de tristezas, y tetricidad, que él, a diario, visita su posible sepultura, duerme encima de ella, cuando le es posible, y... dice que le hace mucho bien.

* * *

Sobre lo del pobre Perico... ¡qué lástima que no se hubiera esperado un poco más, para no haber tenido que ir tan lejos a encontrar



PEDRO DE VALDIVIA, una de las más puras glorias de Extremadura, fundador de la nación chilena, cuya fabulosa dimensión histórica queda bastardeada en una película extranjera que, inexplicablemente se está proyectando en nuestras pantallas.

(Escultura de Pérez Comendador, existente en la Diputación de Badajoz)

un convento donde enterrarse con su pena, que me imagino profunda, la del horrendo fratricidio, aunque inculpable e inocente, como yo me lo imagino. Porque es que ¿no sabía V. que allí, a unos cuantos pasos de su casa, y de la fuente, y de la charca hay ya un pequeño Monasterio a lo Santa Teresa de Jesús o a lo Pedro de Alcántara por lo diminuto?

Lo que entonces no había en el Valle, lo hay ya. Hizo Dios el milagro. Y ahora yo le pido que pida que el Monasterio de SANTA MARIA DEL VALLE DE LA JARA viva y perviva, no como el tío Perico, tío Balbino, la pobre Luisa de su cuento o historia; ni como *lo suyo* y *lo mío* que hay allí enterrado, sin tumbas ni epitafios, ciertamente, pero allí enterrado, muerto y enterrado allí; sino que sea como la vincapervinca, las flores, los pájaros, las fuentes, las charcas, el agua, las piedras, los regatos, etc. que, por más que nosotros pasemos como ellos pasaron, estas cosas siguen todavía, y seguirán hasta que el mundo acabe.

* * *

Tampoco estoy conforme con eso que dice que «no quiere profanar el cementerio, con sus alegrías». Lo de cementerio, usted allá. Lo de «profanar», tampoco yo se lo admitiría. Pero lo que de ningún modo lo admito, porque no lo comprendo, es que la alegría pueda profanar, aunque sea un cementerio. Y éste, mucho menos. Porque usted mismo me lo llama «sagrado». Y donde hay sacralidad y santidad, la alegría no profana. si es alegría sana y cristiana, como lo sería la suya, la nuestra. Más bien añade gozo, todo lo sereno que usted quiera, pero gozo. Y además... ¡esperanza!

El cementerio es, para mí, el pueblo de la esperanza, y de la esperanza más alta, la cristiana, la del cielo, y en el Valle, más. Porque hasta el color de la esperanza, el que ustedes, los poetas, suelen simbolizar con el verde, en el Valle nunca falta. Y en abundancia.

¿Sabe, mi buen amigo, cuántos «verdes» de distinta tonalidad contó un día alguien allí? Pues nada menos que ¡treinta y seis!... Con que ya ve.

Y termino, amigo mío, porque estoy viendo ya a los mandones de nuestra Revista que no hacen más que mirar el reloj, y contar las columnas que le lleva ya «mi carta».

* * *

Ya solo me queda repetirle que, si a usted nuestro Valle le recuerda «la lira olvidada en el ángulo oscuro, las tupidas madre selvas, o

las alas de las oscuras golondrinas»... a mí suena a «alquería», (la suya, la del cerrito, la del gato de la chimenea), a regato cristalino, a cantares de mozuelos o mozuelas, y, hasta a cantares, ya, de salmodias—ya ve a lo que ha subido nuestro Valle—, a cabrerillos de las cuestas, a mudas perspectivas serias, a castas soledades hondas, a zarzales floridos del lindero, a copa verde de la encina vieja, a londones de cencerro, y... sobre todo a deseos del alma de ser ya buena, y a llenarme de ternuras, si es que Dios me «ijese que lo era»...

¡Ay, Dios santo! Y... ¡qué de cosas le diría, si el amo de la Revista no me hiciera señas!

Pero... ¡adiós, mi buen amigo «Argentum»!. Y ¡hasta el VALLE DE LA JARA, si es que algún día me llega a ser valiente, y se decide a venir a verlo. Yo, a la puerta del Monasterio le espero. Muerto ya para muchas cosas del Valle, vivo para algo mucho más grande. Y para encontrar allí, en el Valle, la plataforma, el lanza-almas si prefiere, para salir volando, cuando Dios lo disponga, rumbo al cielo. Pero acompañado por innumerables almas que también al Valle deberían, un poco, su salvación y su gloria.

Suyo siempre affmo. en Jesús y en MARIA VIRGEN Y MADRE DEL VALLESANO DE LA JARA.

Leocadio GALAN, Edmp.

POSDATA.—Dicen los amos de la Revista que sólo me dejan ya la Posdata, y eso a condición de que sea chiquinina. Va a serlo.

Sólo es para justificarme, y decirle que lo que aquí le he ofrecido, una muestra de la poesía que a mí me arrancó el Valle, poesía en prosa, claro está, no ha cabido. Y que si los amos me dejan —mucho me temo que no y con todísima razón— en otro número le pagaré la deuda.

Y otra es, que he recibido, cuando todo estaba hecho, el envío de su «NADA», y entre violetas. De haberlo recibido un poco antes, no hubiera podido escribir esta carta, porque en su envío, acaso por miedo a mi testarudez, se aviene ya conmigo, y defiende lo mismo que yo...

Pero ya, amigo «Argentum», lo escrito ¡escrito está!

Alcuéscar, Febrero 1972.

El la muerte de Rufino Saul

No estás muerto.

Aunque el polvo recubra tu cadáver
y una cruz te dé sombra con sus brazos,
no estás muerto.

Tu sencillo quehacer de cada día,
en urdimbre de versos y poemas,
realiza el milagro de volverte
a la vida que dejaste, en cada instante.

No estás muerto.

Que tu espíritu alienta en tus amigos,
en la luz del crepúsculo, en la tarde,
en los pardos horizontes de tu tierra,
en los claros azules de los cielos.

No estás muerto.

Los verdes olivares, los grises de la sierra,
los plomos azulados del invierno,
la plácida luz del otoño,
la flor de primavera, el oro del verano
cantados en tus versos,